la inundacion de luz de este sacudimiento intelectual prodigioso que no dá tregua al pensamiento ni paz á la mano.

Tal es la epopeya de la inteligencia en olímpica batalla con el dolor.

¡Asunto sublime, al que la ciencia no puede negar sus números, su barómetro y su cuadrante, ni sus cuerdas la lira, la poesía su ritmo y la arquitectura su dovela!

Continúe Castelar cumpliendo su alta mision en la tierra, empeñado en la defensa de tan importante cáusa, miéntras el más oscuro de sus mejores amigos, le remite un recuerdo de cariño y admiracion en estos muy descompuestos renglones, deseando vivísimamente, que el libro, que los mismos encabezan, derrame en el ánimo de sus numerosos lectores las impresiones dulcísimas que siente en el actual delicioso momento, entre todos sus apasionados, el más decidido

(Habana, 20, Diciembre, 1872.)

José Roman Leal.

Vida de Lord Byron.

PRIMERA PARTE.

Paseábame ayer, cuando se ponía el sol, por los inmensos espacios de Hyde-Park, y paseábame recordando mis recientes visitas al Lido de Venecia, á la bahía de Nápoles, ó volviendo mis ojos, humedecidos por las lágrimas, á los lejanos horizontes de Cádiz, donde las aguas y los cielos se confunden amorosos en una fiesta de colores, y á los bosques de Elche, donde las palmas, agitadas por las brisas marinas, componen melancólica melodía unísona, digna del desierto. Cuán diversos estos paisajes del paisaje inglés, tantas veces descrito por grandes poetas y nunca comprendido sino por la experiencia de la propia vista. El suelo es verde, espon-

joso, húmedo; el cielo sombrío, pardo, lleno de vapores, ya blanquecinos, ya tirando á violeta, á través de cuyas masas destila una luz indefinible, pálida, como si proviniera de colosal luna; los árboles, elevándose á inmensa altura, tienen claro verdor y caprichosos recortes, cuya gracia y cuyo misterio se aumenta entre los pliegues de las nieblas que prestan su misterioso velo, allá léjos, á las ojivas de la Abadía de Weminster y á las góticas torres del Parlamento, las cuales parecen, merced á su fantástica envoltura de vapores, no tanto sólidos edificios, como extraños dibujos, aguas fuertes, sombrías estampas trazadas por algun génio en el acuoso aire y próximas á disiparse como nubes. Cuán diferentes son los objetos en el Norte y en el Mediodia! A nuestra luz, una línea se inflama y parece un cuadro; á esta luz, un edificio se desvanece y parece una sombra. Por eso los griegos, los grandes intérpretes del Mediodia, han hecho sus monumentos pequeños y bajos, dejando á la luz el cuidado de extenderlos y elevarlos en sus alas de oro, miéntras los ingleses, los grandes intérpretes del Norte, han hecho sus monumentos colosales, altos, para que penetraran con sus agudas agujas y sus sólidos muros en la espesa atmósfera y disiparan un poco las sombras. Esta no es la atmósfera de las artes plásticas. Una figura de mármol, que el sol de Italia dora hasta darle el calor y el tono de la carne, se convertiría pronto aquí en pedazo informe de carbon de piedra. Por eso, cuando en breve espacio de tiempo, habeis pasado, desde la contemplacion de las estátuas blanquecinas de Chiaja, ocultas entre los bosques de olivos y laureles, iluminadas por aquél sol deslumbrante que se duplica en las celestes aguas del Tirreno, á la contemplacion de estas negras estátuas de los paseos de Lóndres, apénas podeis deteneros á mirarlas, porque hieren vuestra retina y desconciertan todos vuestros dogmas sobre el gusto y el arte. Las estátuas del Mediodia conservan lo que es en ellas eternamente hermoso, la forma; y los héroes del Norte, en sus estátuas, pierden lo que es en ellos eternamente grande, el alma. Estos paises no son los paises de las artes plásticas; pero son los paises de la poesía espiritualista. Aquí se pueden resucitar los héroes de otras edades como los resucitaba Walter-Scott; aquí se puede penetrar hasta el fondo de los abismos ocultos en nuestro sér, hasta el fondo del corazon y de la conciencia, como penetraba ese buzo inmortal de los oceanos del alma, como penetraba Shakespeare. Inmediatamente que tocais estas playas, os sentís movido, segun vuestro temperamento, si sois fuerte y nervudo, al trabajo; si sois emprendedor, al comercio; si sois filósofo, á pensar; y á soñar si sois poeta. En estos paises, ó en paises muy semejantes á estos, se han escrito las creaciones de Swifth, de Hoffman y de Richter. Estos son los paises en que el cuerpo se pierde como un ángel en cielos infinitos é ideales. Este es el país de Byron.

¿Por qué no pensar en él, cuando acabamos de ver su hogar? ¿Por qué no recordar su vida, cuando volvemos de visitar su tumba? ¡Debemos todos los hijos de este siglo incierto y enfermo tantas emociones á Byron! Ya una súbita revelacion de nuestras dudas, ya un quejido desgarrador para expresar nuestros dolores; como si fuera su boca la fuente por donde fluyen los caudales de nuestras ideas,

las corrientes de nuestra vida. El génio de Byron, que aparece á principios del siglo, es como un génio funerario, pero esculpido sobre nuestra cuna. Consideremos su interesante vida, y luego examinaremos sus obras y apreciaremos su génio; sublime conjuncion de las formas escultóricas antiguas, con la idealidad moderna principalmente encarnada en los paises del Norte.

Su raza es de orígen escandinavo. Su génio venía virtualmente entre las espumas y los huracanes de los mares del Norte, volando sobre las barcas de cuero de los normandos. Sus padres, las tribus hijas del Polo, azotadas por el huracan, despues de haber pasado por Francia, se trasladaron como en alas de su inquieta ambicion, á las tierras de aquende el estrecho. Entre los compañeros de Guillermo el Conquistador se encuentra el jefe de su familia, uno de los señores territoriales de Nottingham. La tierra más rica y más bella poseida por su familia, fué la tierra de Rochdale, en cuya posesion entró por los tiempos de Eduardo I. Su raza ha errado por los desiertos de hielo y las selvas del Norte, henchidas de misteriosa poesía; ha combatido en la inmensidad de oscuros mares las mugientes olas y los desatados vientos; ha corrido, inspirada por la fé sencilla de la Edad Media, sobre el troton guerrero, la fuerte lanza al brazo, su escudo señorial en el pecho, á buscar el sepulcro de su Dios entre las encendidas arenas del Oriente; ha sustentado el duelo caballeresco secular entre su pátria y Francia en los campos de Crecy; ha reposado en castillos soberbios, defendidos contra sus rivales por las almenas, contra sus siervos por la horca, y contra sus reyes por los privilegios;

ha matado frailes en tiempo de Enrique VIII en la Gran Bretaña, para servir al cisma, como árabes en tiempo de Ricardo en el desierto, para servir á la Iglesia; y luego ha entrado formidable en el Parlamento, donde sin quererlo y sin saberlo, defendiendo sus excepciones señoriales y su blason aristocrático, ha contribuido, como toda la nobleza británica, á echar las bases de los derechos modernos, siempre acompañada de aquel génio altivo y aquella independencia individual, su patrimonio hereditario desde los hielos del Polo. Pero cuando las propiedades de esta romántica familia llegan á manos de Byron, oh! llegan arruinadas, deshechas. Esta ruina comienza ya en los tiempos de Jacobo I, en que uno de sus predecesores se dá á la vida fastuosa de la Córte, y para sostener esta dispendiosísima vida, á los préstamos que cancerarán con la usura sus tierras. Otro servirá fielmente en sus desgracias á Cárlos I. Las guerras civiles acabarán de arruinarlos á todos. Las viejas águilas, sin plumas casi para calentar sus nidos, se van al secular torreon medio desplomado, por cuyas endiduras entran los lagartos y las nieblas. Allí se arrastran en la miseria, aunque embriagadas por el orgullo. En 1750 rompe esta familia un poco el sudario del olvido. El abuelo del poeta ha sufrido un dramático naufragio que llama profundamente la atencion de Inglaterra. En 1765 uno de sus tios, el que lleva el título hereditario de Par, recogido despues por el poeta, mata en riña, más que en duelo, á uno de sus parientes, y cuelga del cielo de su cama, como un trofeo, la espada homicida que debiera herir su conciencia y su vista como un remordimiento.

La Cámara de los Lores, llamada á entender en su crímen, le absuelve; pero la opinion le condena. Entra en su castillo, se aisla, aulla como un lobo encerrado, se esquiva á las gentes como un ave nocturna, de dia caza jabalíes, de noche educa grillos, adiestrándolos en evoluciones á fuerza de castigos é industriosa paciencia; y siempre muestra ódio á la humanidad, humor reconcentrado y violento, extravagancias que confinan con la locura. El padre de Byron se casa dos veces, la primera por amor, la segunda por interés. Robó á Lord Carmartheu su mujer. De aquí un proceso, del proceso un divorcio, y del divorcio el casamiento con la esposa de su víctima. En esta mujer tuvo á Augusta, hermana mayor, tiernamente amada por el poeta. Viudo de su primera mujer, se casa en segundas nupcias con Catalina Gordon. De estas nupcias nació el gran poeta, engendrado en el dolor, parido en un hogar de contínuo zozobrante, al empuje de graves disgustos matrimoniales. El padre de Byron se casó por vivir alegremente con la fortuna de su mujer, que le adoraba hasta el frenesí. En dos años desapareció esta fortuna. Para ocultar su miseria, partiéronse á Francia. Lady Byron, no pudiendo sufrir más tiempo el desamor de su esposo, que se aumentaba con las horribles penalidades de la escasez, vínose á Lóndres, herida en sus más caras afecciones, desesperada del porvenir, enamoradísima de su marido; pero encontrando en este amor una fuente ponzoñosa de dolores. En tan horrible situacion, parió al poeta que Goethe debia en su poema pintar como hijo de Fausto y Elena, caido del cielo al cieno, pero conservando sus alas místicas, su lira de oro en las manos, y el

resplandor de su divina belleza en el olímpico rostro. Byron notaba que en su familia los matrimonios producían frutos únicos. "Las alimañas feroces, las tigres, las leonas, añadía el poeta, paren poco." Largo tiempo rehusó nacer, como si temiera el mar de la vida, que debia agitar con sus pasiones, oscurecer con sus dudas y rizar tambien dulcemente con el céfiro de sus cantos. Fué necesario arrancarlo como por violencia á las entrañas de la madre, en las cuales parecía haberse fabricado ya una tumba. Cuando tocó la tierra, aquél sér nacido para volar por lo infinito, su pié se encogió como si la tierra le quemara. Fué desde su niñez cojo. Este hogar tempestuoso, este nacer rebelde, este padre disipador, este tio asesino, esta madre amargada que habia perdido las dulzuras de su sexo en las espinas de su dolor, esta sangre hirviente, agitada, como las olas del mar por donde anduvieran errantes los normandos, esta cuna mecida por la desesperacion y regada eternamente de lágrimas, esta decadencia de una familia ilustre que parecia próxima á extinguirse en su último representante, esta cojera accidental, por la que sintió penetrar hasta su corazon mil veces el helado filo del ridículo, todas estas desolaciones le inspiraron aquella elegía eterna encerrada en sus versos, como una continuacion no interrumpida del primer amargo sollozo de su existencia.

Hay un sér que puede dulcificar todos estos dolores, que puede destruir todas estas tristes asperezas, la madre. Dios nos la ha dado para poner una gota de miel con sus puros besos en el acíbar de la vida. Dios la ha enviado junto á la cuna, para que al abrir los ojos, oculten las alas de su

amor toda la oscuridad del horizonte en que vamos á batallar para conquistarnos la muerte. Dios ha querido que sus manos plieguen nuestras manos, para las primeras oraciones, y que su sonrisa sea la aurora de lo infinito para la esperanza. Ella es la virtud, la caridad, la parte tierna del corazon, la nota melancólica del alma, el fondo inmortal de inocencia, que siempre queda hasta bajo los pliegues y repliegues del más cruel carácter. Cuando sintais un buen impulso en el corazon, el deseo de enjugar una lágrima, de socorrer una desgracia, de partir vuestro pan con el hambriento, de lanzaros á la muerte por salvar la vida del prójimo, volveos, y encontrareis á vuestro lado, como el ángel de la guardia que os inspira el pensamiento del bien, la sombra querida de vuestra madre. La razon, los libros, las escuelas, el padre, nos dan las ideas: los sentimientos siempre los dan las madres; el carácter, siempre las madres lo forman. Catalina Gordon pudo dulcificar con su educacion la hiel de la vida de Byron. El Titan necesitaba ser cincelado, para corregir sus monstruosidades, por los brazos de una madre. Pero Catalina, extraña, desigual, orgullosa, no sintiendo otra pasion que el amor de su marido, y la tristeza de no ser correspondida, arrojó moralmente con desden su hijo al fondo de los abismos del mundo, como si le molestara aquél recuerdo vivo de su amor y de su desgracia. El padre, amistosamente divorciado, no iba al hogar sino para estafar á su esposa; y no miraba al niño sino para decirle con amargura que se parecía á él mucho, y darle algun golpe ó algun regaño por toda señal de su cariño. Byron ha querido ocultar estas tristes verdades; pero se desprenden de toda la

historia de su vida. En 1791 murió su padre, que, en medio de su disipacion y de sus locas pasiones, guardaba cierto fondo de bondad, realzado por una singular y varonil hermosura. Sus dos mujeres le amaron con delirio. La primera, despues de haberse por él separado de un opulento marido, murió por seguirle, estando enferma, en sus correrías de caza. La segunda, la madre de Byron, guardó su pasion por él con una fidelidad inquebrantable y le lloró muerto con un dolor indecible. En esta educacion extraña, Byron tenia una fuente de inspiraciones, la lectura de la Biblia, que daba vigor al carácter poético de su alma con los versículos de los profetas. En algunas de sus obras se vé ese génio áspero, severo, monótono como el simoun, uniforme como el desierto, pero solemne como la inmensidad y sublime como la idea de Dios: ese génio semítico encerrado por Isaías en sus admirables obras y reproducido por Miguel Angel en las adustas facciones de su Moisés, cuya barba, enroscada como la tromba de una catarata, agita el tempestuoso viento del Sinaí. A estas inspiraciones viriles se cruza la vida de campesino, de montañés; pues desde Lóndres, donde naciera Byron, llevólo su madre al campo, á Aberdeen. Allí, ántes del alba, cuando al grito agudo del gallo seguía el cántico melancólico de la alondra, andaba sólo con el pretexto de la caza, á ejercitar sus fuerzas y á llevar su génio vagabundo por las orillas de los precipicios, por las cimas de las montañas, por las cavernas donde todavía se oye la voz de los dioses de sus padres, para inspirarse en los espectáculos de la naturaleza, y unir su vajido de poeta á la voz del universo.

A estas aficiones campestres debió su habilidad en todos los ejercicios del cuerpo: la caza, la carrera, la gimnásia, la barra, la pelota, las armas, el nadar, el cabalgar. Cuando le comparaban con Rousseau en su vida privada, defendíase poniendo en parangon la debilidad del filósofo ginebrino con su robustez; lo desmañado y flojo de aquel cuerpo, con su habilidad en todos los ejercicios corporales; los hábitos aristocráticos de elegancia de Rousseau, con lo desceñido y descuidado de su vestir.

Bien pronto en cuerpo tan vigoroso, carácter tan enérgico é imaginacion tan exaltada, debía nacer el amor. En los primeros años de la vida, se ama sin conciencia y sin que se despierten los instintos de la naturaleza. No advertís que habeis amado sino tarde, cuando experimentais las pasiones profundas. Entónces recordais que preferíais jugar entre todas con una niña, que á su lado os sentíais bien, muy bien; que la buscábais con los ojos por todas partes; que siempre venía tarde y siempre se iba pronto, que soñábais con ella en vuestro inocente lecho, y que al despertaros, preguntábais por ella, siendo el primer deseo encontrarla y el primer dolor despedirla. Byron ha expresado admirablemente este fenómeno psicológico, diciendo que habia amado ántes de conocer el nombre del amor. No fué otra pasion ese culto de Dante por Beatrice, la niña que había visto en su infancia sonriéndole, que al entrar en la juventud vió coronada con las flores de la muerte, y que vió despues cruzar sobre el infierno de su vida coronada por las estrellas del cielo. María Duff fué la Beatrice de Byron, su primer amor á los doce años. Reíase su madre, burlábanse los padres de la

niña y los amigos de ambas casas; pero Byron la amaba triste y gravemente, sin tener conciencia de sí mismo, y sin que ningun pensamiento impuro penetrara en el paraiso de su alma. Cuando ella le dió su retrato, una cópia de su blancura, que envidiaría la nieve, de sus rosadas mejillas, de sus rubios cabellos, caidos en bucles sobre la espalda, de sus azulados ojos, Byron le dijo en uno de sus primeros versos, que prefería aquella hermosura dibujada en el lienzo, muerta, á todas las hermosuras vivas, á excepcion de la que habia puesto aquel retrato sobre su pecho. Esta inquietud de su alma, esta precocidad de todos los sentimientos, esta eflorescencia anticipada de la vida; la lectura de los profetas, que despertaban no aprendidos cantos en su fantasía; las páginas de la historia que le arrastraban á conversar con los héroes de otros tiempos, y á verlos pasar evocados por sus ideas; el amor prematuro que le sonreía ya en la niñez, como uno de esos árboles floridos ántes de la primavera; sus paseos solitarios á las cimas de las montañas para ver primero que los demás mortales el sol y para seguir con la vista errante el vuelo de las nubes y de las águilas, y recoger en su oido el rumor de las selvas y de las cascadas; todo esto eran señales de esa enfermedad febril que se llama génio; de esa sed infinita por un ideal nunca alcanzado; de ese dolor que sienten los artistas, dolor de todos los momentos, dolor sin trégua, perseguidor implacable hasta en el reposo del sueño, engendrado por la desproporcion inmensa que hay entre la idea soñada y la idea realizada, entre la hermosura concebida por la mente en su pureza y la hermosura amortiguada en las palabras y en las formas; mal